RAPTO LUNAR

Ángel Martín

1

Cuéntame, Musa, la historia de la mujer de muchos senderos, que anduvo errante muy mucho después de Neotroya sagrada asolar; vio muchas ciudades de hombres y conoció su talante, y dolores sufrió sin cuento en el mar tratando de asegurar la vida y el retorno de su compañero.
Mas no consiguió salvarlo, con mucho quererlo, pues de su propia insensatez sucumbió víctima, ¡loca! de Hiperión Helios las vacas comió, y en tal

punto acabó para él el día del retorno.
Diosa, hija de Zeus, también a nosotros, cuéntanos algún pasaje de estos sucesos.

2

Ariadna, la pequeña de expresión triste, articula lentamente sus pesares.

–Feliciano me adora y le aborrezco; Lisardo me aborrece y yo le adoro; por quien no me apetece ingrato, lloro, y al que me llora tierno, no apetezco.

A su espalda, Ida, la soñadora dormida, extiende sus brazos en dirección a Ariadna; la pequeña de expresión triste sigue con la mirada fija en el suelo, inmutable, e Ida extiende la punta de

sus dedos, a punto de tocar a Ariadna, pero sin atreverse.

–Lo que siento por ti es tan difícil. No es de rosas abriéndose en el aire, es de rosas abriéndose en el agua.

Pero Ariadna no la escucha. No hay necesidad. Ariadna da alimento y cobijo a todas, pero no les exige vasallaje: por eso suelen llamarla “La pequeña”.

–A quien más me desdora, el alma ofrezco; a quien me ofrece víctimas, desdoro; desprecio al que enriquece mi decoro y al que le hace desprecios enriquezco.

3

En una diminuta celda en el extremo de la habitación, Leah, la de las jaulas emotivas, murmuró con rabia:
–Una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo.
Pies y manos encadenados a la pared, Leah, la de las jaulas emotivas, inmovilizada, escuchó con desdén los fragmentos de Ida, la soñadora dormida.
–Lo que siento por ti. Esto que rueda o se quiebra con tantos

gestos tuyos o que con tus palabras despedazas y que luego incorporas en un gesto y me invade en las horas amarillas y me deja una dulce sed doblada…

Ariadna, la pequeña de expresión triste, abre sus ojos y gira en dirección a Ida. La soñadora dormida se asusta y abre la boca bien grande, pero ningún grito se deja oír.

–Amor empieza por desasosiego, solicitud, ardores y desvelos; crece con riesgos, lances y recelos; susténtase de llantos y de ruego.

4

Tras las rejas, Leah, la de las jaulas emotivas, hablaba sola, en creciente agitación.

– Esta lúgubre manía de vivir, esta recóndita humorada de vivir, te arrastra, Ariadna, no lo niegues.

En una nube de humo gris, Ida, la soñadora dormida, fue arrojada en la celda junto a Leah, la de las jaulas emotivas.

Presionó su rostro sobre las frías rejas, en busca de la

imagen de Ariadna, la pequeña de mirada triste.
– Lo que siento por ti es tan difícil, tan doloroso…
Leah, la de las jaulas emotivas, observó con desprecio a la desgraciada Ida:
–Una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo.
–…No es de rosas abriéndose en el aire, es de rosas abriéndose en el agua...
Leah encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada al aire.
–La rosa consiste en pulverizar una rebelión hasta mirarse los ojos.

5

Al sol, las espadas lanzaron dos vivos resplandores y las dos hojas chocaron.

Al contacto del hierro, Feliciano sintió disiparse todos los fantásticos temores de antes, como se disipan los sueños al abrir los ojos. Los recordaba uno a uno, y le parecían meras alucinaciones nerviosas: el temor que Ariadna le infundiera, había sido como la opresión de una pesadilla; el miedo que le inspirara Lisardo, como el del

vacío científico. En el primer caso, era el miedo tradicional ante la perenne posibilidad del milagro; en el segundo, el miedo mucho más moderno ante la absoluta imposibilidad del milagro. Pero en uno y otro caso, se trataba de temores imaginarios, comparados con el actual temor de la muerte, lleno de sentido común, despiadado y cruel.

Feliciano se sentía como el que sueña toda la noche que rueda por un precipicio y, al despertar, recuerda que va a ser ahorcado. En cuanto vio brillar el reflejo del sol en la hoja del adversario, en cuanto sintió que se tocaban las dos lenguas de acero, vibrantes y vivas, comprendió que

tenía que habérselas con un enemigo poderoso.

Tal vez había llegado su última hora.

6

LISARDO: Si aprender es deshacer un río de lágrimas en sonrisas lo bello en el fuego van a ser cenizas. Yo no siento la muerte la próxima vez que te vuelvo a ver.

– No más borrachera. –Se lamentó Feliciano. –No más deseo de ver sus fotos, su imagen, su imagen como un todo en aparente relación con la noche o las mañanas hasta que el tiempo me dé olvido. Creo que pude

haber enloquecido en el momento mismo en que me dirigió la palabra. Nadie tiene la culpa. ¿Por qué empeñarse en ayudar a aquellos que no tienen cura? ¿Es todo aburrimiento?

Toda la tierra cobraba, a sus ojos, un extraño valor. La yerba, bajo sus plantas, parecía vivir. El amor de la vida lo invadía todo. Hasta se figuró que oía crecer la yerba. Hasta se figuró que, en aquel momento, estaban brotando nuevas flores: flores rojas, flores amarillas y azules: toda la gama de la primavera. Y cuando sus ojos se encontraban con los ojos fríos, fijos, hipnóticos de Lisardo, veía detrás de éste el almendro florido, contrastando sobre el a-

zul del cielo. Se decía que, si por casualidad salía con vida de aquel lance, no desearía ya más en la vida que poder sentarse a contemplar el almendro.

7

–Cuando el cansancio es más y la comprensión se me muere todo lo que quiero es verte feliz ante mi muerte, antes que sea tarde (siempre se nos hace tarde), quedémonos a morir.
Su voz se quebró un poco en la última oración, y Lisardo sintió furia ante la debilidad de su oponente.
–La naturaleza es obscena. –Lo increpó. – ¿Quién se atreverá a modificarla? El canto del pájaro es una blasfemia, ¡pobres quie-

nes logren versificarla! He comenzado a recordar que mi nombre se pronunciaba en un alarido. Ayer salí a la calle y los gusanos se resbalaban en el barro. Logré mimetizarme con ellos.

Feliciano escuchó en silencio.

–Preguntame si tengo frío, a ver si otra vez puedo sentir algo, a ver si puedo escribirte algo sobre el hielo que no toca la sangre, o sobre la verdadera ausencia de calor.

8

Feliciano:

–El deseo es una barrera, me obliga a distanciarme de mis hermanos. Deseando el no deseo sucumbo a mis rechazos. En la montaña más distante, alejado de abrazos, me quebraré en pedazos aislado de todo. El deseo es una barrera.

Pero, mientras que una parte de su alma se entregaba a contemplar la tierra, el cielo y todas las cosas, considerándolas como otras tantas bellezas perdidas, la

otra era como claro espejo de la realidad inmediata. Y, así Feliciano paraba los ataques de su enemigo con una exactitud del reloj, de que no se había creído capaz. Una vez la punta del arma enemiga corrió por su muñeca, trazando una línea de sangre; pero nadie lo advirtió o todos afectaron ignorarlo. De tiempo en tiempo contestaba, y una o dos veces le pareció que había tocado, pero como no había sangre en la camisa del contrario ni en la propia espada, supuso que se había equivocado.

9

–A quien más me desdora, el alma ofrezco; a quien me ofrece víctimas, desdoro; desprecio al que enriquece mi decoro y al que le hace desprecios enriquezco.

A su espalda, Ida, la soñadora dormida, extiende sus brazos en dirección a Ariadna; la pequeña de expresión triste sigue con la mirada fija en el suelo, inmutable, e Ida extiende la punta de sus dedos, a punto de tocar a Ariadna, pero sin atreverse.

Diosa, hija de Zeus, también a nosotros, cuéntanos algún pasaje de estos sucesos.

–Lo que siento por ti. –La soñadora dormida se asusta y abre la boca bien grande, pero ningún grito se deja oír.

Ariadna no la escucha.

10

En una diminuta celda en el extremo de la habitación, Leah, la de las jaulas emotivas, murmuró con rabia:

–Una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo.

En una nube de humo gris, Ida, la soñadora dormida, fue arrojada en la celda junto a Leah, la de las jaulas emotivas. Mas no consiguió salvarla, por mucho quererlo, pues de su propia insensatez sucumbió víctima, ¡lo-

ca! de Hiperión Helios las vacas comió, y en tal punto acabó para eIla el día del retorno.

11

Leah encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada al aire.

–No es de rosas abriéndose en el aire, es de rosas abriéndose en el agua.

–Lo que siento por ti es tan difícil.

Cuéntame, Musa, la historia de la mujer de muchos senderos, que anduvo errante muy mucho después de Neotroya sagrada asolar; vio muchas ciudades de hombres y conoció su talante, y dolores sufrió sin cuento en el mar tratando de asegurar la vida y el retorno de su compañero...

No hay necesidad.

12

–Feliciano me adora y le aborrezco; Lisardo me aborrece y yo le adoro; por quien no me apetece ingrato, lloro, y al que me llora tierno, no apetezco. Esto que rueda o se quiebra con tantos gestos tuyos o que con tus palabras despedazas y que luego incorporas en un gesto y me invade en las horas amarillas y me deja una dulce sed doblada…

Ariadna, la pequeña de expresión triste, abre sus ojos y

gira en dirección a Ida. Pies y manos encadenados a la pared, Leah, la de las jaulas emotivas, inmovilizada, escucha con desdén los fragmentos de Ida, la soñadora dormida. Ariadna da alimento y cobijo a todas, pero no les exige vasallaje: por eso suelen llamarla "La pequeña".

13

– Lo que siento por ti es tan dificil, tan doloroso…
Leah, la de las jaulas emotivas, observó con desprecio a la desgraciada Ida:
–Una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo.
–Amor empieza por desasosiego, solicitud, ardores y desvelos; crece con riesgos, lances y recelos; susténtase de llantos y de ruego.

14

– Esta lúgubre manía de vivir esta recóndita humorada de vivir te arrastra Alejandra no lo niegues.

Presionó su rostro sobre las frías rejas, en busca de la imagen de Ariadna, la pequeña de mirada triste.

Tras las rejas, Leah, la de las jaulas emotivas, hablaba sola, en creciente agitación.

–…No es de rosas abriéndose en el aire, es de rosas abriéndose en el agua.

Ariadna, la pequeña de expresión triste, articula lentamente sus pesares.

15

Feliciano:

–El deseo es una barrera, me obliga a distanciarme de mis hermanos.

Toda la tierra cobraba, a sus ojos, un extraño valor.

–Preguntame si tengo frío, a ver si otra vez puedo sentir algo, a ver si puedo escribirte algo… sobre el hielo que no toca la sangre… o sobre la verdadera ausencia de calor…

–La naturaleza es obscena. Yo no siento la muerte la próxima vez que te vuelvo a ver.

En el primer caso, era el miedo tradicional ante la perenne posibilidad del milagro; en el segundo, el miedo mucho más moderno ante la absoluta imposibilidad del milagro. Se decía que, si por casualidad salía con vida de aquel lance, no desearía ya más en la vida que poder sentarse a contemplar el almendro.

– ¿Quién se atrevería a modificarla?

16

En cuanto vio brillar el reflejo del sol en la hoja del adversario, en cuanto sintió que se tocaban las dos lenguas de acero, vibrantes y vivas, comprendió que tenía que habérselas con un enemigo poderoso. Los recordaba uno a uno, y le parecían meras alucinaciones nerviosas: el temor que Ariadna le infundiera, había sido como la opresión de una pesadilla; el miedo que le inspirara Lisardo, como el del vacío científico.

Y cuando sus ojos se encontraban con los ojos fríos, fijos, hipnóticos de Lisardo, veía detrás de éste al almendro florido, contrastando sobre el azul del cielo. Hasta se figuró que oía crecer la yerba.

17

Se lamentó Feliciano:

– ¿Por qué empeñarse en ayudar a aquellos que no tienen cura? Pero, mientras que una parte de su alma se entregaba a contemplar la tierra, el cielo y todas las cosas, considerándolas como otras tantas bellezas perdidas, la otra era como claro espejo de la realidad inmediata.

18

–Cuando el cansancio es más y la comprensión se me muere todo lo que quiero es verte feliz ante mi muerte, antes que sea tarde (siempre se nos hace tarde), quedémonos a morir.

19

Hasta se figuró que, en aquel momento, estaban brotando nuevas flores: flores rojas, flores amarillas y azules: toda la gama de la primavera. Y, así Feliciano paraba los ataques de su enemigo con una exactitud del reloj, de que no se había creído capaz. Feliciano se sentía como el que sueña toda la noche que rueda por un precipicio y, al despertar, recuerda que va a ser ahorcado. Feliciano escuchó en silencio.

20

–Ayer salí a la calle y los gusanos se resbalaban en el barro. Creo que pude haber enloquecido en el momento mismo en que me dirigió la palabra.
–En la montaña más distante, alejado de abrazos, me quebraré en pedazos aislado de todo. –Lo increpó. Tal vez había llegado su última hora. El canto del pájaro es una blasfemia, ¡pobres quienes logren versificarla!

–He comenzado a recordar que mi nombre se pronunciaba en un alarido. ¿Es todo aburrimiento?

21

De tiempo en tiempo contestaba, y una o dos veces le pareció que había tocado, pero como no había sangre en la camisa del contrario ni en la propia espada, supuso que se había equivocado. Pero en uno y otro caso, se trataba de temores imaginarios, comparados con el actual temor de la muerte, lleno de sentido común, despiadado y cruel. Nadie tiene la culpa. La yerba, bajo sus plantas, parecía vivir. Logró mi-

metizarse con ellos. Al contacto del hierro, Feliciano sintió disiparse todos los fantásticos temores de antes, como se disipan los sueños al abrir los ojos.

22

–El deseo es una barrera. Deseando el no deseo sucumbo a mis rechazos. –Su voz se quebró un poco en la última oración, y Lisardo sintió furia ante la debilidad de su oponente.
–No más deseo de ver sus fotos, su imagen, su imagen como un todo en aparente relación con la noche o las mañanas hasta que el tiempo me dé olvido.
Una vez la punta del arma enemiga corrió por su muñeca,

trazando una línea de sangre; pero nadie lo advirtió o todos afectaron ignorarlo. El amor a la vida lo invadía todo.

23

Lisardo:
–Si aprender es deshacer un río
de lágrimas en sonrisas lo bello
en el fuego van a ser cenizas.
Al sol,
las espadas lanzaron
dos vivos resplandores

y las dos hojas chocaron.